



SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*Sobre la teoría moderna del calor*, (continuación) por J. Echegaray.—*Los amorios de Juana*, (continuación) por R. de Campoamor.—Nuestros grabados.—*Grandezas que pasan*, por P. de Biedma.—*Rocio*, (continuación) por E. de Lustonó.—*Los héroes del vulgacho*, (continuación) por M. Morayta.

GRABADOS.—*¡¡¡ Favor!!!*—*¡ Yo estaba también allí!*—*El trompeta se divierte*.—*Musulmán en oración*.—*Ataque de una fábrica*, grabado sueito de regalo.

LA SEMANA

AUNQUE parezca mentira, la discusión sostenida en nuestro Congreso sobre el matrimonio, de la que ha resultado en claro que el gobierno no sabe de dónde viene ni á dónde va, no ha excitado en Madrid tanto interés, ni conseguido alcanzar tanta importancia como las ascensiones aerostáticas verificadas en las dos últimas semanas.

En la primera, Mr. Scott, tuvo por compañero improvisado, si se me permite la palabra, á nuestro compatriota el señor Martínez; en la segunda, cuando el intrépido sucesor de Mayet, soltando las amarras se elevó á los aires, encontré con la inesperada y agradable compañía de un sordo-mudo.

Y es fama que cuando descendió, el aeronauta de afición hubo de ser trasladado á una casa de socorro; y que cuando, vuelto en sí, fué interrogado por varias personas, á pesar de la insistencia con que éstas le interpellaron, el sordo-mudo, siempre terco, *no contestó una sola palabra*.

Si su aspecto no hubiese demostrado que era un hombre, su obstinación hubiera hecho que se le tomara por una mujer, el sér más testarudo de la creación, según lord Beaconsfield, quien, poniendo por ejemplo de su aserto á su propia esposa, decía:

—Después de haberme costado mil afanes hacerla entrar en los treinta años, ahora que ha entrado, no hay poder humano que baste á sacarla de ellos.

* *

Tampoco hay quien saque á Francia del atolladero en que se ha metido con motivo de la cuestión del destierro de los príncipes. La Cámara de los diputados está resuelta á no ceder en sus propósitos de proscribir á todos los que puedan llegar á ser pretendientes al trono ó al imperio; el Senado, por su parte, inspirándose en las nociones más elementales del derecho y de la justicia, desecha todo lo aprobado por la Cámara; el gabinete está en crisis y como única solución, sino duradera, al ménos posible, de momento, se indica un ministerio Deves.

—¿Un ministerio *Debes*?—decía un amigo mio poco fuerte en ortografía;—no vivirá mucho... ¡Si fuera un ministerio *Pagas*!

* *

En Italia, precisando más, en Venecia, ha pagado tributo á la muerte, el ilustre compositor Wagner; el iniciador de la música del porvenir, pertenece ya al pasado. Con este motivo no será inoportuno consignar que en Bruselas se ha representado recientemente una ópera de dicho notable compositor, y que uno de los más importantes diarios de la capital de Bélgica, ha emitido sobre aquella el siguiente juicio: «Sería admirable... si se pudiera oír; pero al intentarse esto, se corre el riesgo de quedarse sordo.»

La frase es tan ingeniosa como el medio empleado por el director de uno de los más importantes teatros de la indicada ciudad para dar cuenta del éxito obtenido por el *Mefistófele*, de Arrigo Boito; dirigió á Roma este lacónico á la vez que expresivo telegrama: «Están vendidas todas las localidades para ocho representaciones más.»

* *

Si estuviera en uso, ó en abuso, la venta de entradas para las tribunas de las Cámaras, es seguro que en Lisboa se podría hacer ahora un buen negocio, pues se ha colocado sobre el tapete una cuestión de las más importantes: la de la revisión de la Constitución. El gobierno, inspirándose

en los deseos del país, ha presentado con tal fin, un proyecto, de redacción notable, como debido á la pluma del ministro de Justicia, autor de la estimabilísima obra: *As raças históricas da Peninsula*, en cuyo proyecto se proponen, entre otras modificaciones trascendentales, la abolición de la dignidad senatorial hereditaria y la limitación del período legislativo, prohibiéndose una vez más el mandato imperativo que convierte á los diputados de delegados de la nación en poderdantes de unos cuantos caballeros particulares.

* *

Inútil es decir que la revisión de la Carta portuguesa es impugnada por todos los enemigos del progreso que, en su mayoría, son viejos que no se resignan á serlo, como aquel que, estirando las piernas con un contemporáneo suyo, por un paseo, decía:

—¡Cómo ha cambiado esto! Antes se encontraba uno siempre con venerables ancianos que venían aquí á hacer ejercicio...

—Amigo mio,—le repuso su compañero, mucho más sensato que él,—los venerables ancianos de ántes.... ¡somos nosotros!

* *

Es de suponer que tan profunda observación no convenciese á aquel á quien se dirigía, tan impenitente como X, á quien decía un amigo suyo:

—¡Eres un animal!

—¡Hombre! ¡Eso es muy fuerte!

—¿Acaso no te lo han dicho hasta ahora?

—Sí; pero nunca lo he creído.

* *

El desenfado de la respuesta me recuerda este otro caso que, para terminar, voy á referir á ustedes.

—¡Caballero,—dice un mendigo á un transeunte,—deme usted un *perro chico*, que no he comido aún!

—Ni yo tampoco,—contesta bruscamente el interpellado.

—Entonces, deme V. dos... ¡y comeremos juntos!

EDUARDO BLASCO.

—E—

SOBRE LA TEORÍA MODERNA DEL CALOR

GRANDES UNIDADES DEL MUNDO MATERIAL

¿Qué es, según ella, el calor desarrollado por el rozamiento, por la presión, por la percusión, por el choque, en una palabra, por todo trabajo mecánico?

La transformación, y nada más que la transformación, de la fuerza consumida al parecer, ó del movimiento anulado bajo cierta forma, en otro movimiento equivalente.

Nada se anula en esencia en el universo: nada se extingue y deja de ser; ni el más insignificante átomo se hunde en la nada. Todo es eterno: pasa, se transforma, se divide, se condensa, pero en el fondo queda idéntico á sí mismo.

Es, pues, el mundo material un magnífico oleaje de fenómenos que se cruzan y se combinan, sin que jamás brote algo de la nada, ni torne a la nada lo que es.

Mi brazo hace que choque un cuerpo contra otro: dos circunstancias aparentes se presentan: por una parte *anulación* de cierta cantidad de fuerza, por otra *creación* de cierta cantidad de calórico.

Ambas cantidades se equivalen: mi fuerza, ó mejor dicho, el movimiento de mis músculos, se ha transformado en otro movimiento. Las moléculas de los cuerpos frotados vibran describiendo trayectorias infinitesimales, que algunos de mis sentidos,—la vista, por ejemplo,—no perciben; que otros de mis sentidos perciben bajo una forma especial, á la que doy el nombre de *calor*; pero mi razón comprende, penetra y adivina el fenómeno en toda su pureza geométrica y dinámica; y así ve los átomos en movimiento, las trayectorias que describen y las velocidades con que marchan.

Mi fuerza muscular no ha quedado anulada: ha cambiado de forma, pero íntegra se halla en el movimiento vibratorio del cuerpo.

La bala que un arma de fuego despidió, choca contra un muro y en él se clava y allí queda.

¿Qué se hicieron aquella masa y aquel movimiento? ¿Se anuló aquella fuerza viva? No; aplicada en el momento del choque un termómetro al proyectil y á la masa contra la cual se estrelló, y observaréis desarrollo de temperatura en aquél y en ésta. Y es que el movimiento *total* se ha transformado en movimiento *molecular*; y á *aquel* porque lo veo con los ojos materiales, le doy el nombre de *movimiento*; y á *este* porque no lo veo, aunque bajo cierta forma lo siento, le doy el nombre de *calórico*.

(Se continuará.)

JOSÉ ECHEGARAY.

LOS AMORÍOS DE JUANA

XI

Pero ¡Señor! Para que el alma honrada
de tan casta doncella
estuviese vencida y dominada
por la pasión aquella,
¿qué había entre ella y él? ¿Qué había? Nada:
la mucha fama de él y un sueño de ella.

XII

Supo Juana también que, osado y fuerte,
el coronel «La Muerte»,
como algún día Condillac, opina
que el tacto es la razón de los humanos,
y que el mundo termina
donde acaba el alcance de las manos.

XIII

Y como es tan común entre las Juanas
el tentar á los hombres atrevidos,
una de esas mañanas
en que hierve el volcán de los sentidos,
soñó con el candor más halagüeño
que dormía muy cerca de su ensueño:
y en el supremo instante
en que soñaba más... ¡Jesus, qué loca!
supuso que aquel hombre delirante,
como Pablo á Francisca la de el Dante,



la escondía los besos en la boca. ...
Y aunque esto, si no en Dante, lo ha leído
en la historia de un santo arrepentido,
al ver su corazón pundonoroso
que tocan en lo real sus ilusiones,
perdiendo para siempre su reposo,
á aquel amante, que alardeó de esposo,
le echó más maldiciones
que Fray Diego al murciélago alevoso.
Y espantada del hecho
de dormir, sin querer, con sus visiones,
al fin de su explosión de sensaciones,
como flor arrancada de un barbecho,
creyó sacar, cuando saltó del lecho,
su ropa de inocencia hecha girones.

XIV

¡No temas, soñadora empedernida,
por tu pudor, que la final caída
de tu virtud retarda;
á pesar de tus faltas de dormida,
todavía tus pasos en la vida
ve sin rubor el Ángel de la guarda!
Y en tanto que á tu amante devaneo
falte el imán del material deseo,
en tu mundo de amor imaginario
siempre serán tu casto mobiliario
las cosas de los seres ideales,
oro, diamantes, perlas y corales,
luz, susurros, perfumes y colores,
risas, suspiros, pájaros y flores.

CANTO SEGUNDO

DE CAPITAN Á SOLDADO

I

¿Volverá Juana á amar? Naturalmente.
¿Qué ha de hacer aquella alma adolescente,
cuando en el campo, respirando amores,
los pájaros gorgean
y se hinchan los estambres que rodean
los fecundos pistilos de las flores?
Ella, después que olvida
la imagen que ama ciega,
á otra imagen fingida
con alma, vida y corazón se entrega.
¿Quién no ha visto mil veces repetida
esa crisis suprema de la vida
de un amor que se va y otro que llega?

II

Juana, esta vez, por su fatal destino,
yendo á una feria un día
se encontró en el camino
á un capitán buen mozo, que tenía
la ordinaria manía de ser fino.
Y una mujer que, por favor del hado,
no conoce el pecado ni de oídas,
conoció al capitán «Perdonavidas»,
que, á más de ser la imagen del pecado,
por falta de ocasión, sólo ha probado
que es muy bravo en vencer á sus queridas.
Este hombre, tan pagado de sí mismo
que con frente altanera
se suele despedir como un cualquiera,
y él cree que dice «¡adiós!» con heroísmo,
en la feria llevaba
un traje de montar, que suponía



un enorme caudal que le faltaba,
y un caballo andaluz que no tenía.

III

Mas ¿cómo pudo soportar sin ira
á un hombre que en amor sólo suspira
por todo lo sensual de vuelo bajo,
Juana, que, altiva hasta á los grandes mira,
desde que fué algo Reina, de alto á bajo?
Porque en cosas de amores,
por afición sin duda á los laureles,
suele gustar á las que crían flores
el penetrante olor de los cuarteles.

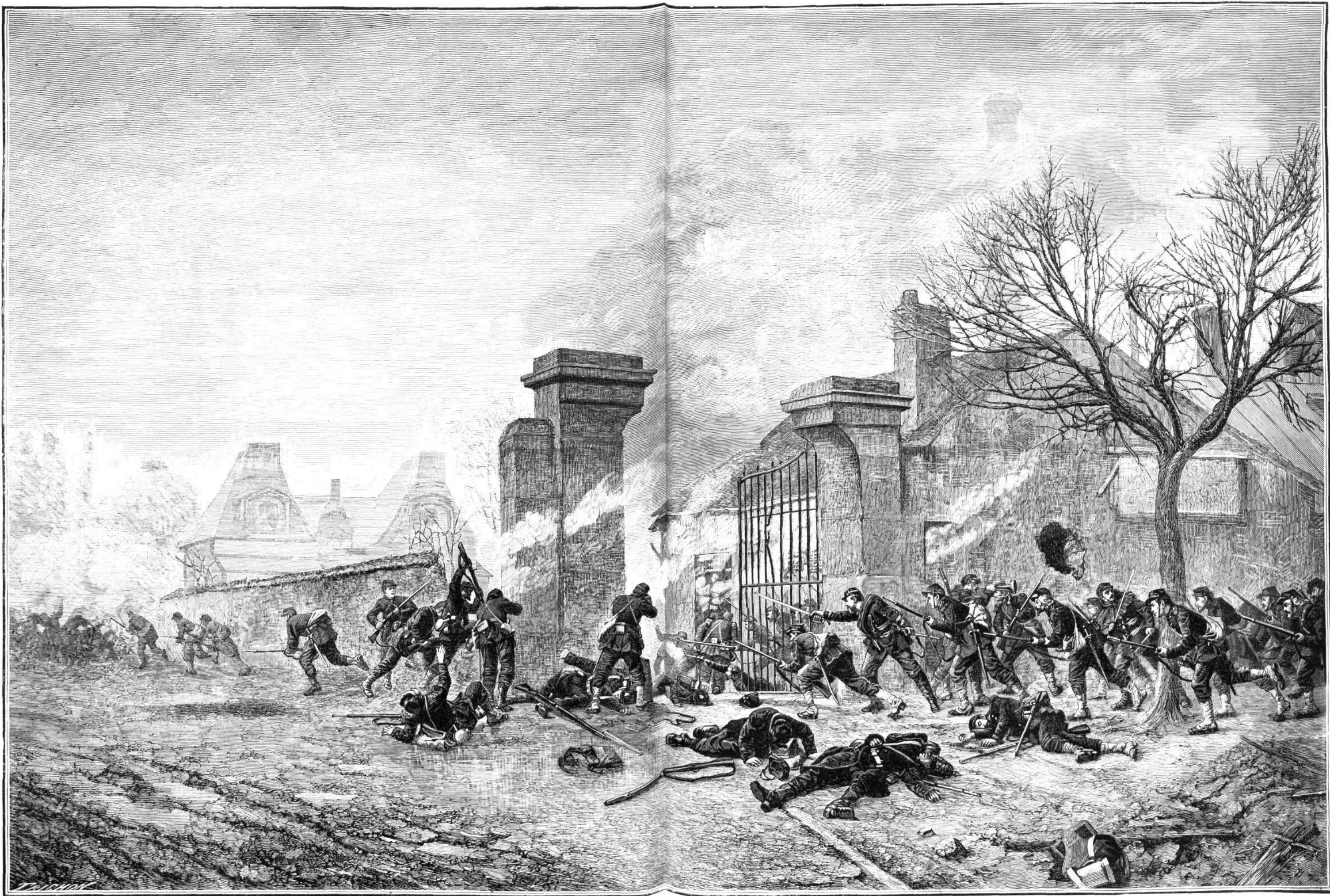
(Se continuará).

RAMON DE CAMPOAMOR.



¡YO ESTABA TAMBIEN ALLÍ!

© Biblioteca Nacional de España



ATAQUE DE UNA FABRICA.



EL TROMPETA SE DIVIERTE

NUESTROS GRABADOS

!!!FAVOR!!!

¡Abominacion de la desolacion! ¿Cómo describir tan espantable escena? Embebido profundamente en la lectura de un trascendental artículo de fondo, estaba aquella mañana el digno vecino de la más elevada guardilla de la casa, dejando que hirviese el café, habitual desayuno suyo, cuando de repente siente crujir el fementido lecho, desplomándose con atronador estruendo. ¡Oh desastre! Vuélcase la hirviente cafetera, derramándose el líquido sobre la desventurada víctima; ruedan por el suelo taburetes, ropas y bastones; experimenta graves desperfectos el paraguas, y en medio de la universal tremolina dispárase iracundo el perrillo tras de un infeliz raton, causa de tamaña catastrofe, pues con su continuo roer habia acabado por destruir el endeble vínculo que mantenía unidas las tablas de la cama del contemplativo inquilino.

Así se ve el sabio perturbado en los más placidos momentos de su existencia; un raton basta para dar al traste con las más altas especulaciones de la mente humana, haciendo caer de bruces al suelo al pobre mortal cuya imaginacion se espaciaba en las etéreas cimas de lo infinito y lo subjetivo trascendente.....

¡YO ESTABA TAMBIEN ALLÍ!

Sabido es que la vida de Juan Soldado es muy larga de contar, pero nada tan conmovedor como oírle de boca del mismo Juan. Todos estan pendientes de los labios del narrador, los viejos padres, la chica y el hermanito. El valiente oficial está convaleciendo de la herida recibida en el campo de batalla, herida honrosa, envidiable, que acredita su heroísmo, y la familia entera se desvive por complacerle y escucharle.

Dicen quienes lo pueden saber que no es tan malo como parece el estarse un mes ó dos bien cuidado, esmeradamente asistido, rodeado de toda clase de atenciones y tratado á porfía con cariñosa solicitud. Más de una vez han surgido casamientos de tales lances, pues aumenta en gran manera el prestigio de un militar, si ha tenido la fortuna de recibir un mediano *chinazo* en la refriega. Ningun padre puede ver con malos ojos que se prenda de su hija quien ha derramado su sangre en aras de la patria, y ninguna muchacha deja de conmovirse al escuchar de la boca de un héroe frases de respetuoso rendimiento hacia su persona.

Ello es la verdad: los hombres de accion son los que más se imponen al amor de la mujer, y si cualquier hijo de Adán puede ostentar una cicatriz gloriosa en el pellejo, redóblase el afecto que inspira. El valor será en todo tiempo la primera de las virtudes, lo mismo aquí que en Flandes.

EL TROMPETA SE DIVIERTI.

Siempre, en todas épocas y hasta que deje de existir el mundo, el bello sexo, hijo de Venus, tendrá en menos al sabio Vulcano que al fiero Marte. Desde la emperatriz a la cocinera, desde la peripuesta y sentimental burguesa á la atronada manola, no hay mujer que no se considere lisonjeada al oírse requebrar por un bizarro guerrero, de apuesto continente y tremebundo mirar. Sin embargo, donde es más intensa esta adoracion es en las masas profundas de la sociedad *doméstica*; nada tan ardoroso como el amor de una subfregatriz por un trompeta ó un gastador; nada tan desinteresado y generoso como la pasion de una ama de cría por un *lira* ó un helicon. ¡Sublime concordancia, en efecto, la de la fuerza con la armonía!

Si esto sucede ahora con esos raquíticos uniformes y esas armas prosaicas y científicas que se estilan, *¿qué no debía ser en los gloriosos tiempos en que la lanza era la regina delle armi*, según afirma Montecuculli; en aquellos tiempos de magníficas vestimentas, acuchilladas, galoneadas, bordadas y recamadas; de espadas de cazoleta, alabardas, mosquetes, partesanas y pistolas adamasquinadas? Indudablemente las pobres muchachas debían desquitarse por tales personajes y rendirse á discrecion á la primera intimacion de tan magulficos hombres de guerra.

De ello es buen ejemplo nuestro grabado. El trompeta se divierte honestamente, y de fijo que la bella criada se considera la más feliz de las... doncellas.

MUSULMAN EN ORACION.

El muezzin ha dejado oír desde el minarete el grito que anuncia á los creyentes la hora del *namaz* ú oracion. Cinco veces al dia tiene el mahometano obligacion de orar, y, si no puede ir á la mezquita, hace el *namaz* allí donde le coge. Sin duda nuestro buen musulman se encontraría en este caso, mas no por eso deja de ser su rezo menos concienzudo y eficaz. Mira hacia la Meca como si realmente viera algo, y cumple minuciosamente con todas las formalidades que prescribe el rito: genuflexiones, postraciones, inclinaciones, contorsiones, que tienen algo de convulsivas, y abluciones, todas capaces de aburrir al que no crea que Dios es Dios y Mahoma su profeta. Este nuestro musulman debe señalarse por el gran número de *ricathes* ú oraciones que recita, en lo cual se distingue el fervoroso fiel de los demas. El número de *ricathes* diarios es el de veintinueve; pero quizas llegan á cuarenta los que él masculla. ¡Alah se lo tenga en cuenta y le dé, en el paraíso, tantas huries como se merece... y desea!

ATAQUE DE UNA FÁBRICA.

No hemos de incurrir en la vulgaridad de hablar mal de los franceses por el desgraciado éxito de su guerra con Prusia, cuando el mismo insigne Molt-

ke les hace justicia y les elogia Sybel. Si en un principio, bajo el mando de los torpes generales de las Tullerías, ofreció el ejército francés un lastimoso espectáculo, no sucedió lo mismo cuando, rehecho por Leon Gambetta, tuvo al frente á Chanzy, Faidherbe, Bourbaki, Paladines, Ducrot y otros no menos ilustres jefes. Los combates librados en los alrededores de París fueron gloriosos siempre y ventajosos alguna vez, acreditándose el valor de los sitiados en las salidas que hicieron.

Entre los incidentes ocurridos entónces, es notable el que representa nuestro grabado. Fuertes los prusianos de Manteuffeld en una fábrica de las cercanías de la capital, son vivamente atacados por una columna de bisoños cazadores franceses, siendo desalojados de la posicion; pero ante un espectáculo de tal naturaleza no puede menos de contristarse el ánimo, considerando que aquella victoria ha costado la vida de centenares de hombres y la ruina de una gran manufactura. ¡Gloria erigida sobre la miseria; triunfo alcanzado á costa del incendio, la devastacion y el estrago!



GRANDEZAS QUE PASAN

Acaba de morir un grande hombre.

De su grandeza no podemos dudar, que la atencion del mundo entero fija en el que ha muerto, nos dice bien claro que le adornaban dotes excepcionales, de esas que elevan á los hombres á la cima de las glorias mundanas.

La prensa de todos los países ha olvidado momentáneamente los intereses que defiende, los ideales en que se inspira, para consagrarse á ensalzar los méritos del que pasó, y como si el homenaje de la verdad histórica no fuera bastante, la leyenda, la anécdota, la fantasía, se han apoderado de los recuerdos que deja para poetizarlos en misteriosas combinaciones, disponiéndose la ficcion á mezclarse con la realidad, según costumbre, para que pasado algun tiempo, la fábula se encarne en el hecho, haciendo dudar á los espíritus superficiales.

Una gran nacion, Francia, ha hecho á este hombre honores más que regios, honores nacionales.

Un genio español ha escrito acerca de su muerte con tal brillantez, que si su vida no le diese un nombre célebre, el epitafio histórico que Castelar le dedica se lo daría: una generacion, en fin, se ha inclinado con respeto ante su cadáver, y sin embargo de este triunfo, de esta apoteosis elevada sobre un sepulcro, la grandeza de Gambetta vivirá lo que las rosas que la admiracion de sus compatriotas ha esparcido sobre sus helados restos: la vida de un día, el espacio de una mañana.

¿Es un atrevimiento afirmar la brevedad de esta gloria en plena explosion?

Pues lo tenemos: sentimos la conviccion de lo que afirmamos, y una conciencia convencida tiene la firmeza de lo inquebrantable.

La afirmacion, ademas, sólo podría hacerse en estos momentos; cuando la oleada de otro acontecimiento borre la sensacion producida por esta muerte, la verdad que anunciamos no será nueva, estará entre los hechos indudables.

No es nuestro ánimo, al hablar de lo efímero de la gloria de Gambetta, ofender su memoria; respetamos su nombre adquirido en la lucha titánica de la inteligencia, pero lamentamos que ese talento no lo haya hecho grande en la inmortalidad, sirviéndole solamente para la grandeza de un día.

Sin su patriotismo, única virtud de su vida, apenas podrían perdonársele, no ya por el juicio imparcial y sereno de sus críticos, sino por sus mismos amigos y admiradores, los errores de su política, los fanatismos de su vanidad.

No vamos á seguir paso á paso su historia, escrita en los anales de la de Francia con breves páginas de admiracion y no tan breves de censura; no vamos á dirigir cargos á una sombra sagrada por la muerte; vamos á exponer tan sólo cuánto es de lamentar que hombres que parecen dotados por la naturaleza de condiciones superiores, las anulen para el bien y limiten el empleo de esos dones á triunfos sin trascendencia, á ventajas personales, á ensueños irrealizables.

¿Qué ha hecho Gambetta en bien de la humanidad?

¿Dónde quedan consignadas sus obras de regeneracion moral, de popular ensenanza, de adelanto científico, de dominio sobre las pasiones sociales, de fe en el progreso humano?

¿Dónde están esos ejemplos de templanza, de modestia, de sacrificio, de abnegación, que son la semilla bendita que fructifica en virtudes sobre los pueblos?

¿Estarán en sus apasionadísimos y fogosos discursos?

No: allí están sus pasiones, enardecidas por la lucha, sin el freno que pudiera contenerlas.

¿En sus periódicos acaso, escritos con más libertad de acción, con más sereno espíritu que el que producen en el orador la excitante réplica y el halagador aplauso?

¡La doctrina es la misma; la forma, es siempre la que moldea la ambición, la intransigencia y el egoísmo político, saturada de la amargura de las inevitables decepciones, del desaliento de los desengaños!

¿Qué gran misión hubiera sido la suya, y qué eterna su grandeza, si hubiera consagrado su talento no sólo á hundir sistemas y demoler creencias, sino á fundar con la enseñanza de la verdad, en los ideales democráticos, una cátedra imperecedera, donde hubieran aprendido los pueblos, no ya sus derechos, que por el sólo hecho de ser una ventaja son fáciles de adivinar cuando no se saben, sino sus deberes, que por ser una obligación suele la perezosa memoria abandonarlos una vez sabidos, nunca buscarlos cuando no se conocen!...

El levantarse como un apóstol de la verdad del pensamiento, no sólo para revelar la necesaria ruina del pasado, que esto hace la palabra más demoledora que creadora, sino para anunciar las conquistas de la idea en el porvenir; sus triunfos, sin hechos sangrientos, sin odios personales, sin impaciencias peligrosas, sino por la fuerza de la razón, por la lógica moral que exige un fin á todo principio; por la inflexible ley del convencimiento filosófico que engendra la civilización como dogma del derecho político.

Pero el patriotismo que le inspiró la vehemencia, no le inspiró el sacrificio.

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Se continuará).

ROCÍO

(HISTORIA SENCILLA)

—¡Rocio!

Al oír este nombre, y sobre todo esta voz, la joven se levantó rápidamente y se volvió pálida y temblorosa. Sus labios se entreabrieron para pronunciar una palabra que espiró en ellos.

Mendoza se acercó extendiendo los brazos como para abrazarla; pero ella le contuvo con un gesto acompañado de esta palabra:

—¡Caballero!...

—Es verdad,—dijo Mendoza confuso,—me olvidaba de que ya los tiempos no son los mismos; pero yo, amando siempre, creí ser también siempre amado.

Rocio se sonrió tristemente y murmuró con incredulidad:

—¡Amando siempre!...

—¿Lo dudas?—dijo Mendoza, para quien estas palabras fueron un rayo de esperanza.

—Nada me importa,—respondió secamente Rocio;—el lazo que unió nuestras almas está roto; antes fueron una sola, hoy ya son dos; la hoguera del amor se ha consumido en mi corazón y de ella sólo quedan cenizas heladas.

—Pero en el mío arde más voraz que nunca,—dijo Mendoza con fuego;—yo no sabía cuánto era mi amor hasta que tú desden me lo ha hecho conocer. He sido culpable contigo, muy culpable, pero vengo arrepentido á pedirte perdón de rodillas. ¿Qué mayor desagravio? ¿Qué mayor triunfo para tí? ¡Si hubieses visto las lágrimas que he derramado en tu ausencia, tendrías compasión de mí y me perdonarías!

—Yo he perdonado hace ya tiempo.

—Pero no has olvidado mis faltas.

—¡Nunca!

—¡No perdona quien no olvida!

—Hay heridas que no se olvidan jamás, porque dejan una cicatriz eterna en el corazón. La que usted me hizo era una de estas. Yo vivía feliz en el seno de mi familia, protegida por un padre que me adoraba... De mi madre,

no tenía sino la memoria, pues había muerto cuando yo era aún una niña. Su pérdida fué el origen de mis faltas. Si ella hubiese vivido, sus consejos y su amor me hubiesen salvado. V. me vió, me habló de amor en un momento en que todo, hasta nuestra propia naturaleza, se conjura contra nuestra virtud, y me dejó vencer por sus artificios. Las palabras de mi padre, la oposición de mis parientes, todo lo que tendía á separarme del abismo á donde me conducía V., acrecentaba mi amor; y por último, cediendo á sus instancias, con el corazón lleno de fe, abandoné la casa de mis padres, hollé mi reputación, y partí con usted para Cádiz, donde fui olvidada por una mujer de escándalo, por la primera mujer que se presentó. Usted creía hacerme ignorar sus traiciones; pero una noche estando en el teatro me la descubrió una conversación de dos jóvenes que no me conocían y que ocupaban los asientos inmediatos al mío. Desde entonces, juré no seguir, representando el infame papel que usted me daba. Había conocido mi posición y me avergonzaba de ella. ¡Yo no era más que una querida á quien su amante mantenía! En cuanto llegué á casa, recogí mis ropas, y valiéndome de la ausencia de usted vine á Sevilla, donde hasta hoy me creía libre de que la vista de quien me deshonró, me avergonzase. Estas heridas no se olvidan; son mortales y sólo dejan vida para padecer y llorar, porque el alma después de muerta para el placer, vive largos años para el dolor.

—Escúchame, Rocio, mi querida Rocio,—dijo Mendoza con voz conmovida,—tienes razón para estar ofendida de mí, porque he sido infame contigo; pero mi crimen es mayor en la apariencia que en la realidad. Yo te he amado siempre con delirio, y prueba de ello que te amo aún después de dos años de ausencia. Lo que sentí por aquella mujer en cuyas aras creíste que sacrificaba tu fe, no fué amor; fué un capricho pasajero, uno de esos delirios de un día que esas mujeres saben producir y que sólo dejan en el corazón el hastio y la vergüenza. Desde aquella noche no volví más á verla. No era ella digna del odio con que la has honrado; yo, á pesar de que destruyó mi felicidad alejándote de mí, no he podido hacer más que despreciarla. Sin embargo, te confieso que estás justamente ofendida, y que tienes derecho para no creerme. Por eso al venir aquí no he pensado en pedirte amor, el amor aquel tan dulce y tan tranquilo que me hiciste conocer tú sola, y cuyo recuerdo vivirá eternamente en mi corazón. He venido á pagarte una deuda sagrada. Cuando te conocí eras rica, y ahora tienes que ganar tu sustento con tu trabajo, el trabajo de la mujer, tan fatigado como mal recompensado... Déjame, ¡en nombre del amor que en otro tiempo me tuviste! déjame proveer á tus necesidades.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

(Se continuará).

LOS HÉROES DEL VULGACHO

Ahí están también:

PERIQUITO entre ellas,

si bien algunas lecciones dicen que el aficionado á ellas fué un MIGUEL, ya popular en el siglo XVII; ahí aquel tan amigo de claridades, que de él se dijo:

Las verdades de PERO-GRULLO;

autor ó editor éste de famosísimas profecías y cuyo PERO es síncopa de Pedro, como otro tal PERO DIAZ, á quien su mujer hacía cargos curiosísimos; ahí

PEDRO por demas,

y ahí por último PEDRO DE URDEMALAS y PERICO el LARGO y PERICO el CIEGO; madrileño éste y gran visitador de preveniciones, por afición á improvisar á la guitarra aquellas coplas políticas que levantaban más ronchas á los moderados que los artículos de Corradi y de Fernández de los Ríos.

En fin, que mi diligencia puede ofrecer á los aficionados la siguiente retahíla:

Acertado le ha PEDRO, en la coquijaba que el rabo lleva tuerto.

Ahora que tengo oveja y borrego, todos me dicen en hora buena estés PEDRO.

Amigo PEDRO, amigo Juan, pero más amiga la verdad. Allá va PEDRO á parar tazos.

Buenas personas dé Dios á PEDRO, que nunca dijo malo ni bueno.

Casaron á PEDRO con Marinuela, si ruin era él, ruin era ella.

Casó PEDRO y casó mal, con tres tierras de metal.

Con mal andarás PEDRO.—Con bien andaré si yo puedo. Echate, PEDRO, que has de madrugar, y habia caído en un lodazal.

Es PEDRO de á par del asa.

Este PEDRO es el diablo.

Freirle un huevo, que dos merece PEDRO.

Gran maestro es PEDRO, de echar calzas á pollos.

Hijo PEDRO, ara presto y vente luego.

La cuna está sobre el horno cuando PEDRO está sobre el torno.

Las narices tiene PEDRO, delante como perro.

Las obras dan testimonio de quien es PEDRO y Antonio.

Las tres Marias echaron á PEDRO en el pozo.

Macha los ojos PEDRO, mientras yo rallo el queso.

Maestro PEDRO el escolar, ¿es hora de saltar?—Si es, no es; sino es, es.

Mal viaje hayas PEDRO.

Malillo eres PEDRO.—Dios me haga bueno.

Manda PEDRO y anda.

Mandadnos hablar PEDRO y guardar lo vuestro.

Más miedo tiene PEDRO que vergüenza.

Más miente PEDRO, que da por Dios.

Matado muera PEDRO, como asno de reguero.

Miedo á PEDRO que reza.

Mucho os quiero PEDRO, y no os digo lo mejor.

No es PEDRO de San Pedro, sobrino de San Andres.

No hará PEDRO carrera á un ciego.

No lo ha PEDRO en el calcañar.

No medres más PEDRO, que la cama tras el fuego.

No se duerme PEDRO en las pajas.

No se lavará PEDRO con cuanta agua lleva el Duero.

No sois para en cámara, PEDRO, y menos para en corredor.

No tiene buen ojo PEDRO para cubero.

No tiene PEDRO sobre qué caer muerto.

Nunca mal rezó PEDRO.

Para mal te guarda de PEDRO.

PEDRO, daca esas sopas, que mi mujer se comió las otras.

PEDRO me llamo y solo me ando.

PEDRO, ¿por qué atizas?—Por gozar de la ceniza.

PEDRO, ¿por quién traes luto?

PEDRO, PEDRO, por ti poco medro.—Menos medrarás si yo puedo.

PEDRO, que te llama el diablo.—No quiero, que cardo PEDRO, ¿qué sabes hacer?—Lo que se hace en las aldeas. Picame PEDRO, que yo picarme quiero. Picame PEDRO, y él quedo que quedo. Podéis serviros de PEDRO, como de las estrellas del cielo. Por el rabo las toma, PEDRO á las palomas. Por más que ahondes, PEDRO, no hallarás suelo. ¿Por qué no juegas, PEDRO?—Porque no tengo dinero. Por ser bueno PEDRO, saltóle la moza al cuello y él quedo. Quedado se ha PEDRO á tres de buen juego.

¿Qué cuentas tienes, PEDRO, con nuestro dinero?

¿Qué le duele á PEDRO? Lanzadas en cuerpo ajeno.

Quien no te conociere, PEDRO, comprarte ha luego, mas despues de comprado, dar-te ha por un cornado.

Retoza la moza con PEDRO, y él quedo.

Ruin por ruin, quédese PEDRO en c

Saco es PEDRO de ruindades.

Sino supieres más, PEDRO, de echar puerca por barbecho.

Si para ti eres malo, PEDRO, ¿para quién serás bueno?

Si queréis, sino dejadlo; que así dijo PEDRO á su amo.

Súbete aquí, PEDRO, y descansarás.

Tan bueno es PEDRO como su compañero.

Tan ruin es PEDRO como su suegro.

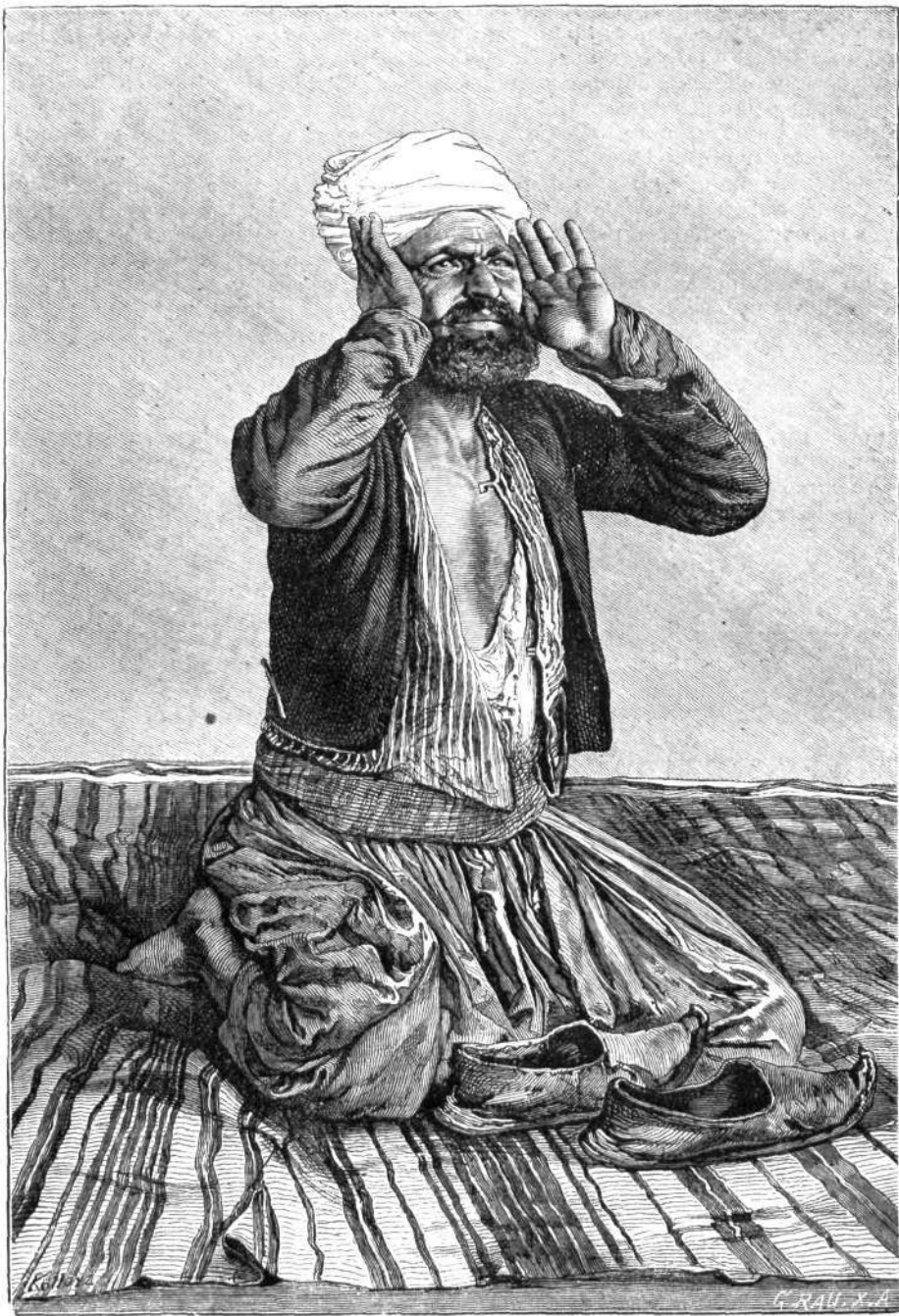
Tan bueno es PEDRO, como su amo.

Tanto bueno es PEDRO, que es necio.

Tanto es PEDRO de Dios, que no le medran sus obras.

Tal para cual, PEDRO para Juan.

Tomado os han PEDRO, entre puertas como perro.



MUSULMAN EN ORACION

Topado ha PEDRO con su compañero. Tú me engañas, PEDRO, y yo que lo entiendo. Tuerto y PEDRO y del potro de Córdoba. ¡Válete Dios, PEDRO!—No, que el asno es nuevo.

MIGUEL MORAYTA.

(Se continuará).

ADMINISTRACION.—Establecimiento editorial de Don Ramon Molinas, Córtes, 365 y 367.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.